

#### 4) *La autoridad del lenguaje en cosas de lo moral*

El alto valor que corresponde al uso del lenguaje en una comprobación del concepto y en una búsqueda de la esencia de lo moral, no necesita ninguna demostración previa. En lo moral no se trata de un problema científico, alejado del conocimiento y del juicio del pueblo, sino de hechos psicológicos de la experiencia, que cada cual experimenta sin cesar en sí mismo diariamente, y sobre el que cada cual está en situación de formarse su juicio. No hay ninguna persona que no pueda distinguir los impulsos de la compasión de los del odio, y que no sea consciente de que el acto de la abnegación que realiza cuando entra en el fuego o el agua para salvar una vida humana, tiene que pretender otro valor que cuando realiza una prestación de servicios por la que es pagado.

El resultado de esa experiencia interior proclamada por miles de millones de hombres ha cristalizado en el lenguaje. El uso del lenguaje que entraña ese tesoro y que se sirve en cada individuo de las expresiones puestas a su disposición por el idioma, tiene que resistir en todo momento la prueba y mostrar si la expresión del sentimiento por parte del lenguaje corresponde a la propia

sensación; este uso del lenguaje es un hecho que la ciencia debe respetar. No en el sentido que no pueda someter a una crítica la sensación y el pensamiento del pueblo cristalizado en él y que no deba osar el ensayo de penetrar más hondamente en la esencia de la cosa que el pueblo, pero sí en el sentido que debe dejar en pie el uso acreditado del lenguaje y no violentándolo como ha ocurrido con muchos filósofos en interés de las teorías por ellos expuestas con el vocablo egoísmo. Esta es una falsificación del lenguaje, que en relación con su carácter peligroso para la generalidad, está en la misma línea que la falsificación de la moneda, pues así como ésta socava la seguridad de la relación en el sentido económico, aquella socava la seguridad espiritual; la seguridad de ambas se funda en la validez estable de los signos de valor acuñados; cada cual debe estar seguro de que las monedas que recibe y da son legítimas. Para sus propios pensamientos, para él supuestamente nuevos, que lleva al mercado, puede cada cual formar expresiones propias; se mostrará entonces si la circulación admite las nuevas monedas acuñadas como aumento necesario y valioso del tesoro del idioma o si las deja al uso privado exclusivo del promotor como monedas de latón sin valor o signos para el cálculo. Pero el uso del lenguaje (la moneda lingüística) debe estar en el uso de todos y ser reconocido por todos, es decir una vez firmemente acuñados los signos de valor del lenguaje adquieren el mismo valor que le ha asociado el mismo. El que quiere dominar el idioma, tiene que meditarlo tres y cuatro veces; según mis experiencias hasta aquí, el reproche que le hace se vuelve regularmente contra él.

Mientras me dejo guiar por este punto de vista, dirijo mi atención en primera línea al lenguaje para establecer lo que piensa bajo el concepto de lo moral. Según las experiencias que hice con él en todas partes donde he ido al lenguaje en busca de consejo, y que me han asombrado siempre sobre el magnífico acierto del idioma, me acerco a él esta vez también con la esperanza de hallar en él lo justo y de no tener que llegar a la situación de dominarlo.

Dos puntos de referencia nos ofrece el lenguaje para apoderarnos de las representaciones que asocia a sus expresiones: la etimología y el uso común. La primera es el punto de partida histórico de la representación. También para lo trascendental existe regularmente una representación sensual, pues con lo sensual ha comenzado todo pensamiento. El uso del lenguaje, respectivamente la historia del mismo, nos enseña lo que se ha hecho en el curso del tiempo de los conceptos originarios. En el mismo recipiente lingüístico se agita un tiempo este contenido, otro tiempo aquél, el recipiente queda, el contenido se altera. Las palabras son como las casas cuyos propietarios cambian, el uno muere o se traslada a otras, otros las ocupan. Si volviese el período primitivo al que debemos nuestro lenguaje actual, apenas volvería a reconocer el sentido de la mayoría de las palabras referentes a lo sobrenatural — Dios, virtud, sabiduría tienen en nuestros labios una significación enteramente distinta que para nuestros antepasados.

Es asunto de la filología perseguir, junto al cambio de las formas del lenguaje, también esa reforma interna de los conceptos, el crecimiento paulatino de las ideas. Es una rama de la investigación lingüística que, actualmente poco formada todavía, tan sólo tiene que esperar su explotación del futuro y, más que por los lingüistas, por los filósofos. Nos dará también sobre la historia de las ideas morales sorprendentes informaciones. Tanto es lo que puedo predecir con toda seguridad ya según las reducidas experiencias que hice en este terreno como puro dilettante. Mis conocimientos no alcanzan para resolver esta tarea en favor de lo moral, tengo que contentarme con mencionar los dos extremos del proceso lingüístico de la evolución: el primer punto de partida, que ha mantenido la etimología, y el uso actual del lenguaje, que conozco de la vida misma — lo que queda en medio es objeto de la investigación históricofilosófica del lenguaje. La envidio por las informaciones que adquirirá aquí. Tan sólo avanzando la ciencia en este sentido, llevando todos los idiomas al círculo de su investigación, se encontrará la historia del pensamiento humano y con ella también de las ideas morales, y desde la altura a que

llegue con ello verá como un juego ocioso de niños inmaduros las aspiraciones de las épocas científicas anteriores para obtener la comprensión de lo moral sin la historia.

El tesoro lingüístico del idioma para lo moral se descompone en dos grupos. Uno abarca los instintos especiales, virtudes, vicios, que el lenguaje ha reconocido como formaciones especiales, características del comportamiento moral o inmoral, como por ejemplo codicia, venganza, compasión, amor, sentimiento del honor, sentimiento del deber. Para nosotros en este lugar no tienen ningún interés; consideraremos los tres últimos en adelante más detenidamente. El segundo grupo abarca el pequeño número de aquellas expresiones en las que el lenguaje ha concretado su teoría general sobre lo moral: costumbre, decoro, moralidad, ley de la costumbre, inmoral, moral, interesado, desinteresado, abnegado, desprendido, sórdido, egoísta, a los cuales la teoría científica agregó todavía "ético". De esas palabras tenemos que tomar la visión de lo moral que ofrece el lenguaje. Es un interrogatorio al lenguaje, en el que se comprobará igualmente importante allí donde da respuesta que donde la niega; como el instructor en el interrogatorio, tendremos que cuidarnos también nosotros de intercalar en él algo que el lenguaje no dice.